

CAFÉ DE FLORE

Adolfo Sotelo Vázquez

“Savoir ne plus se pardonner”
(Jacques Brel)

Un inesperado aguacero le ha retenido en el Café de Flore. La opacidad se ha ido adueñando del bulevar Saint Germain des Prés. En invierno las cinco de la tarde parecen una hora nocturna. Karl apura el whisky con soda. Está ensimismado y algo cansado. “El paseo ha sido inmenso. He deambulado demasiado. Las calles, los cruces, las fachadas de los edificios, la gente presurosa... Debo tener una amplia serie fotográfica de Montparnasse y del Barrio Latino. Veremos cuando retorne a Viena”.

En el Café de Flore alternan los tiempos muertos con un ritmo frenético de clientes y camareros. Las alternancias se suceden de un modo continuo, imperceptibles. En el velador, junto a varios periódicos y la cámara fotográfica, descansa un libro con algunos puntos de lectura: *Viaje a la Alcarria* de Camilo José Cela. Karl, distraídamente, acaricia y hojea el exquisito tomo de la Revista de Occidente. Debajo del título del libro –dos líneas en rojo- un paréntesis indica: Fotos de Karl Wlasak. Los años madrileños siguen intactos, agolpándose en la memoria.

Hace poco más de una hora Karl paseaba por el bulevar Saint Michel. Su cámara retenía célebres lugares de la memoria. El objetivo recogía la espléndida planificación urbanística del barón Haussman. Había pasado largo rato en el Jardín du Luxembourg y en la coqueta plaza de la Sorbonne. Después la lluvia cada vez más recia y el cansancio le habían conducido al Café de Flore.

Llevaba tres días en París. El breve viaje tocaba a su fin. Mañana, seis de febrero de 1953, debía tomar el tren en la Gare d’Austerlitz con el destino final de Viena. Paris le había servido para recuperar una pasión que testificaba el paréntesis del libro, del que

no se había desprendido en sus dilatadas horas de *flanêur* impenitente.

“La memoria es la fuente del dolor, pero también el manantial de la necesaria purga del corazón. ¡Cuántas conversaciones con Camilo José habían desembocado en reflexiones similares! Palabras”. Desde finales de la primavera de 1946 Karl no había disparado ni una sola fotografía. Ni siquiera tenía cámara. Conchita se quedó con la Leica que le había regalado su padre. “Quería que la conservara ella hasta que nos reuniéramos para siempre en Viena”.

Nada tenían que ver estos días parisienses, envueltos invariablemente en una ligera bruma, con el calor seco y la luz clamorosa del viaje de junio de 1946 por las tierras enjutas de la Alcarria. Y, sin embargo, hoy a primera hora de la mañana, cuando alcanzaba el bulevar Saint Germain desde las escaleras de la estación del metro, Rue du Bac, había disparado la cámara con el mismo ardor que en las escenas de Torija o de Brihuega. No tenía la compañía de Conchita y de Camilo José, pero la escena que había descubierto, y que su cámara había retenido al menos una docena de veces, se abría a la misma verdad que la de las fotografías que se entreveraban en el libro que no cesaba de hojear.

En un banco, un hombre viejo, vestido con una chaqueta y un pantalón de paño que parecen hechos de piezas cosidas unas a otras, en un remiendo inacabable, se frota con cierta violencia una cara colorada y francamente sucia. A su lado, un cochecito de niño desvenecijado, maltratado por el tiempo, pero que a fin de cuentas tiene cuatro ruedas. Y en el cochecito, una especie de cuna donde duerme un perro blanco, sucio, indeciblemente impasible en el fuerte murmullo del bulevar. Karl había notado, mientras obtenía las diferentes instantáneas, un creciente desaliento. El desaliento de la soledad.

Karl contempla largamente como se extingue la luz de la tarde. El aguacero ha cesado. Decide tomar otro whisky con soda y hielo. El bullicio del Café de Flore le parece idéntico al de tantas tardes en el Café Gijón. Allí había conocido en el otoño de 1943 a Camilo José Cela, un joven escritor sobre el que corrían todo tipo de historias y patrañas. Lo cierto, lo que recordaba con precisión, era que la lectura de *La familia de Pascual Duarte* le había fascinado, y que desde entonces, navidades del 43, había procurado mantener una relación cada vez más continuada con él. Camilo José navegando con independencia y una cierta superioridad, no exenta de flirteo con las zonas

oscuras del hombre, en medio de los entresijos políticos y literarios de la camada de intelectuales y escritores falangistas, emergía como un faro para su vida truncada: una compañera abandonada en Viena y una conducta anfibia en Madrid, aparentando simpatizar con lo que más odiaba, el régimen de Hitler.

Mientras paladea el trago de whisky, su memoria se precipita en agujeros sin fondo y en palpables imágenes sólidas. Adivina en el calor de la bebida llegando al estómago los pulsos de su primer encuentro íntimo con Conchita. Se amaron a pleno sol, tercamente, violentamente, descaradamente. Camilo José se la había presentado en el Café Gijón en octubre de 1945. El escritor salía de inmediato para Barcelona, tratando de encontrar acomodo editorial a una novela, *La colmena*, de cuya composición le había hablado en repetidas ocasiones. Con cierta perplejidad Karl debía reconocer que Conchita le resultó ingenua y sensual, vagamente atractiva. Después se vieron ocasionalmente, hasta que poco antes de iniciar el almuerzo en casa de Camilo José y Charo el tres de junio de 1946, Conchita había aceptado la invitación que Karl y Camilo José —especialmente, él— le hacían para viajar con ellos a la Alcarria tres días después. El latigazo de la memoria resulta exacto: “Se lo dije yo, poco después de que Camilo José apagara el receptor de radio. Con voz chirriante Martín de Riquer acababa de comentar el valor literario de *La familia de Pascual Duarte*”.

“Tres de junio de 1946”. Karl echa un trago y enciende un cigarrillo. Tras el almuerzo acompañó a Conchita, quien se dejó llevar cogida de la cintura. Karl toma el *Viaje a la Alcarria* y lee con delección en uno de los puntos que marcó hace meses:

“El vagón está a oscuras. Sobre la dura tabla los viajeros fuman, adormilados. De cuando en cuando se ve brillar la punta de un cigarro, se oye el chasquido de una cerilla que ilumina, unos instantes, una faz rojiza y sin afeitarse.”

La mirada de Karl se desentiende del texto. “Seis de junio. Siete de la mañana. Estación de Atocha. Estoy notando la sonrisa cómplice de Camilo José al verme aparecer casi abrazado a Conchita”. Karl se sabe el viaje al pie de la letra, al pie de las fotografías, al lado de Conchita.

Las semanas posteriores al viaje estuvieron llenas de promesas, de palabras insensatas, de caminos por emprender. Todo concluyó el veinte de septiembre. Era una tarde granulosa y de plomo, cuando

notó la resistencia a separarse de Conchita. En el murmullo crecido del *Café de Flore*, Karl tiembla como tembló al subir al vagón del expreso de Barcelona. Su memoria retiene intacta la imagen de Conchita en el andén, mientras el tren cruzaba el último cambio de vías de la estación.

Un nuevo sorbo de whisky, sobre el que ha vaciado toda la soda de la jarrita, le conduce a Ginebra, al calvario del campo de concentración donde le recluyeron los ingleses, entre miles de nazis, durante siete semanas. Había querido viajar con prontitud a Viena para arreglar los papeles de su divorcio, mientras Conchita pasaba una temporada en Lisboa. Recuerda las dificultades de la relación epistolar con Conchita y, de repente, ve su casa de la *Khunngasse* en ruinas, su habitación con grietas en las paredes, los cristales de las ventanas rotos el techo lleno de manchas de humedad. Conchita rompió la relación. Karl soñó con el arreglo que ella le había prometido en la Estación de Atocha, pero nunca viajó a Viena, y Karl escribió cartas sin respuesta, imaginando algunos ratos madrileños con Conchita a su lado, desde la armonía espléndida y mozartiana del *Café Frauenhuber*. El silencio es un papel secante de las palabras, de la tinta del amor o el desamor de las palabras.

En el creciente desaliento de la soledad sólo las cartas que cruzaba con Camilo José le conseguían sacar de una rutina triste, de una insoportable ruina. Había rechazado la invitación para viajar a Madrid y cobrar los derechos de las fotografías que ilustraban el libro, que ahora hojeaba compulsivamente. “La ruina es encadenarse a la memoria. París tiene que ser la purga de mi corazón”. Y había viajado a París, tras adquirir una estupenda y nueva Leica —su antigua Leica estaba en manos de Conchita— con la intención de entregarse a su pasión más querida. Pero, el aguacero de la tarde y el *Café de Flore* habían permitido la memoria y la figura de Conchita sumergida en ella.

Karl paga las notas que el camarero ha dejado hace ya largo rato. Abandona los periódicos en el velador e introduce el libro en su bolso atestado de carretes de fotografías. Recoge el gabán y la bufanda, se echa la Leica al hombro y se dispone a abandonar el *Café de Flore*. Es noche cerrada en el fragor incansable del *bulevar*.

“Debo tomar el metro en Saint Michel”. Ha salido del *Café de Flore* y avanza con desgana por el *bulevar* y antes de cruzar la plaza de Saint Germain des Prés, delante de la iglesia más antigua de París,

observa como lentamente arrastra el desvencijado cochecito de niño el anciano que a la mañana se desperezaba en un banco, junto al metro *Rue du Bac*. Karl no resiste la imagen y se da la vuelta de inmediato. Su extraviada mirada se congela ante el rostro de la mujer que ocupa una de las mesas junto a los cristales inundados de luz del *Café des Deux Magots*. De repente ha visto a Conchita *Stichaner*. De repente ha sentido el amor en vilo.

La desazón de la memoria, la opacidad de la mirada y un amargo sabor en la boca le han invitado a huir, a huir infatigablemente. Ha apresurado el paso hacia la *rue de Seine*. Camina huyendo de la sombra de Conchita, huyendo del *Café de Flore*, del *Café des Deux Magots*, de la imagen del anciano mendigo. En la huida, Karl nota que las luces del *Barrio Latino* imponen el silencio al fugitivo relato.